

DESTINO.

Dos formas esenciales existen de contemplan el destino: una, como cadena de férreos eslabones, donde van sujetos y enlazados, de manera inevitable y fatal, los sucesos y acontecimientos, sin que nadie posea capacidad para romperlos ni alterarlos; otra, como estación o término de azaroso viaje, como diana hacia la que se ha disparado la flecha de cada vida.

Ambos aspectos han sido tan exhaustivamente tratados, expuestos y analizados, que parece supérfluo insistir sobre ellos y procurar descubrir cualquier otra visión. Es clásica la comparación con un gran teatro, donde todo individuo tiene asignado un papel concreto y determinado, al que ha de ceñirse; o con los muñecos de guiñol, movidos por ocultos é invisibles hilos. La moderna Sociología, incapaz de encontrar precisión más afortunada y con la pedantería propia de quien pretende cualificación científica, llama "rol" a ese papel del actor, sin que el cambio de palabra tenga significación distinta, ni suponga aportación esclarecedora.

Tampoco resulta nuevo considerar a ese destino, constituido por los avatares que nos acontecen, como sueño del que podemos despertar en el momento mas imprevisto, como Segismundo o el niño del caballito de cartón, en la parábola de Machado.

Tal concepción determinista o, mejor, fatalista del destino, deja a uno inerme y sometido a imponentes y extrañas fuerzas, que le empujan o le arrastran, hacia un objetivo que nunca aparece claro y evidente, y en cuya elección no se ha intervenido. Cabría preguntarse, sin embargo, sobre las posibilidades de cualquier intento de cambiar de rol, de rebelarse contra el papel impuesto; pero una superficial reflexión nos hace ver que, al final, siempre quedará la duda de si aqué--

lla tentativa o esta rebelión no estaban también previstas en el guión del destino personal, con su éxito o fracaso. Nos hallamos, pues, condenados a no tener nunca la certeza de si somos o no dueños y hacedores de nuestra vida, de si actuamos o no como meros juguetes que alguien anima y conduce para ignorados fines.

La otra forma de concebir el destino, la finalista, la que lo muestra como el término del camino, como la meta de nuestros continuos esfuerzos, como la estación terminal del viaje en el que nos encontramos embarcados, ha dado lugar al surgir de todas las religiones, incluso del ateísmo.

Sin entrar en el contenido delo religioso y en lo que pueda haber en él de verdadero o falso, hay que destacar, desde una óptica puramente humana, a la que urge e interesa el hallazgo de un sentido al hecho de vivir, la indeclinable necesidad de la creencia. Pero una cosa es que se busque la justificación, el motivo, la causa por las cuales sufrimos o gozamos, con esfuerzos a veces inauditos, y otra, muy distinta, que alcancemos la convicción plena y definitiva. Siempre existirá la duda. Como al atormentado Hamlet, nos perseguirá el angustioso problema de ser o no ser; de si morir es dormir, un estado letárgico del que tal vez podamos despertar, o un definitivo final sin posible retorno, contra el que se rebela impotente el deseo de sobrevivir...

Morir..., dormir, quizás... Vivir..., un sueño, una ilusión que tememos, en ocasiones, perder al abrir los ojos...; o una pesadilla de la que quisieramos escapar regresando a la vigilia...; soñar, morir, realidad, ficción... ¿existe algo cierto y tangible?... Vivir, ¿no es acaso morir, mientras se sueña que se vive? ¿Existe destino, fin, objeto, meta para la vida? ¿Es todo una farsa irreal, fantasmagórica, inventada por un complejo conjunto de materia que, por inexplicable azar, adquirió la rara facultad de

imaginar y soñar que era algo más que simple y mísera materia ?...